

ró á ejecutar Miguel, que los convocó, sin embargo, como Miguel I, y de modo que no pudieran oponerle resistencia alguna. Y en efecto, las cortes no se fueron por las ramas, y legitimaron la usurpación con gran escándalo del cuerpo diplomático, que se retiró de Lisboa, quedando solo en la ciudad el nuncio.

Portugal había sido sorprendido cuando más confiado estaba, y resultaba quedar abandonado en manos de sus enemigos más temibles, de los absolutistas, sedientos de venganza. El rey Pedro no podía socorrerle, por estar demasiado lejos; la infanta, una pobre mujer, á quien no guardaba consideración alguna su hermano, y de quien se decía que llegaba hasta el extremo de maltratarla, habiéndole disparado en una disputa un tiro; el ejército estaba poco menos que disuelto. Sin embargo, el único núcleo de resistencia que quedaba lo formaban los batallones que, por estar de guarnición en el Norte, no habían sido aún purificados, y estos regimientos eran los que habían impedido, con su correcta actitud, que se proclamase rey á Miguel en Braga, Valença, Penafiel y Ponte de Lima.

Esta enérgica actitud de los leales de dichas ciudades la recibió la guarnición de Porto, que había dejado hacer, como una lección, como una humillación, y resolvió volver por su honra militar, máxime cuando todas las guarniciones del Norte se mostraban adictas á la que llamaban causa de don Pedro. En diez días, de los veinticuatro regimientos de infantería que contaba Portugal, nueve habían hecho defección; de los doce batallones de cazadores, siete permanecían fieles á la Constitución; y de los doce regimientos de caballería, cinco se declararon contra Miguel.

Propagóse el movimiento á poco hasta los Algarves, y las islas de Madera y de Terceira también se declararon por el rey Pedro, pero la marina se declaró por el usurpador. Había, pues, elementos más que suficientes para volver las cosas á su primitivo estado; pero como, á consecuencia del golpe de Estado, los constitucionales, como ya hemos dicho, habían procurado escapar de Portugal, resultaba ahora que la contrarrevolución no tenía jefes. Esta falta de dirección hizo que los regimientos leales se dejaran enredar hasta el punto de que, en vez de declarar á Miguel pura y simplemente un usurpador, dieran una proclama, —Porto 17 de Mayo, —en la cual decían del usurpador «que no estaba libre;» es decir, que sus partidarios le habían forzado la mano, muletilla inventada por los reyes traidores y que ya habían adoptado los liberales.

Acordóse en dicha reunión nombrar una junta provisional, evidentemente encargada de hacer fracasar la protesta, como lo demuestra su heterogénea composición y el haber puesto á la cabeza un hombre tal como Hipólito da Costa, el comandante de Braga, hombre viejo y enemigo de toda clase de rebullicios.

Creídos los que se habían reunido en Porto que bastaría su ejemplo para que el ejército entero se pusiera de su parte, creídos de que los generales fugitivos se apresurarían á llegar á Porto, y creídos de que las potencias extranjeras estarían á su lado, en lo único en que no pensaron fué en organizar su resistencia, y esto cuando no podían tener duda alguna de que Miguel se disponía para destruir aquella resistencia; pues á los nueve días de haber estallado el movimiento de Porto, bloqueaban ya su río tres buques de guerra.

La única medida de precaución tomada por los de Porto, fué enviar un cuerpo de observación á Coimbra, mandado por Saraíva; pero cuando vieron que las potencias reconocían ó admitían el hecho del bloqueo, y que los generales emigrados no regresaban á Portugal, se dió orden á Saraíva para que regresara á Porto, —25 de Junio. —Esto ocurría en los mismos días en que, al fin, se presentaba, sino un hombre, un nombre: el marqués de Palmella. Tras éste vinieron los Villaflor, los Saldanha, etc., quienes dieron á la retirada de Coimbra y á la entrada de las tropas de Miguel en dicha ciudad tanta importancia, que resolvieron entrar en España, con todos los militares, por la parte de Galicia. De esta manera acabó la protesta de los constitucionales portugueses, quienes solo se mantenían aún en la isla de Terceira, en donde un hombre de corazón, Cabreira, al frente de cuatrocientos cazadores, rechazó por dos veces el ataque de los miguelistas, —Agosto y Octubre.

Es en estos momentos cuando las sentencias de muerte y de confiscación de bienes se dictan con verdadero frenesí, y se ensangrienta el suelo de Portugal de una manera desastrosa, siendo esto causa de lo que tantas veces hemos tenido que presenciar, esto es, de que los que se mostraron irresolutos cuando más fuertes eran, ahora se arrojan á las más temerarias empresas, cayendo víctimas de su arrojo imprudente. Una de las víctimas más ilustres de estas funestas conspiraciones, fué el brigadier Moreira, —9 de Enero de 1829.

Dicho se está que con esas tentativas se exasperaba al partido absolutista, que se vengaba cruelmente de los sustos que le daban. En 7 de Mayo, diez de los principales acusados de la conspiración

de Moreira subían á la horca. Sin embargo, aun con tanto rigor, no se daba por satisfecho el sanguinario bando, que se veía sin cesar expoleado por la reina madre; de modo, que, para poder dar rienda á sus malas pasiones, fué necesaria una crisis ministerial que arrojase del gobierno á Gómez de Oliveira y al duque de Cadaval, y del lado de Miguel á su médico, el vizconde de Queluz, acusados de tibieza y moderantismo.

Esta victoria del partido ultra empeoró la situación política de Portugal, lo mismo en el interior que en el exterior. En el interior el trabajo se paralizó en absoluto, creciendo, en consecuencia, las partidas de los descontentos; y el gobierno, falto de recursos, tuvo que vivir á expensas del crédito, esto es, de dos millones en papel moneda que entregó á la circulación. En el exterior, Miguel no conseguía ser reconocido ni por Francia, ni por Inglaterra, ni aun por España.

¿Qué hacía el emperador del Brasil?

Si Pedro hubiese podido dar rienda suelta á su fébril é impetuoso carácter, Pedro, sin tomar consejo de nadie, se hubiese puesto en camino de Lisboa, para reconquistar el reino de su hija. Pero los brasileños no querían que su emperador se moviera, porque no estaban seguros de que Pedro, en Lisboa, se pusiera la corona de Portugal junto con la del Brasil, renaciendo para éste nueva época de sumisión á la metrópoli. Así, cuando le vieron terminar la paz con los argentinos, —Agosto y Octubre de 1828, —la angustia para los patriotas brasileños fué grande, pues todos creían que se había hecho la paz tan precipitadamente, después de tan obstinada guerra, para encontrarse Pedro en disposición de acudir en socorro de su hija, que, habiendo partido de Río para Lisboa, acompañada por el marqués de Barbacena, el general en jefe del Brasil en la guerra contra la República Argentina, no pudo ni siquiera tocar la tierra portuguesa, porque no creyó prudente el marqués llevar la reina niña al lado del usurpador, por cuyo motivo la condujo á Londres, á donde llegó casi al mismo tiempo que los restos del ejército de Porto, —24 de Setiembre.

Barbacena, tutor de María de hecho, no perdió tiempo en punto á reivindicar sus derechos, consiguiendo verla reconocida y tratada como á reina, lo mismo por Inglaterra que por los emigrados, á quienes procuró reunir y disciplinar en Plymouth para intentar una expedición seria á Portugal, en tanto se enviaban armas y municiones á la isla de Terceira, de la que se quería hacer el punto de apoyo de la expedición, pudiendo para sus empresas disponer

del dinero que había en Londres para pagar los réditos del empréstito de dos millones de libras que Portugal había hecho en otro tiempo, y de cuyo pago se había encargado la corona del Brasil.

Si hasta ahora hemos visto á Wellington representar un papel indigno en España, que le había hecho su fortuna, ahora hemos de verle portarse con Portugal, gracias á los consejos de Beresford, de la manera más inconcebible. Es Gervinius quien dice «que en la historia de las relaciones extranjeras de Inglaterra hay pocos pasajes más negros y más ignominiosos que los que cuentan los hechos de sus hombres en esa época.» La política seguida por Inglaterra durante esas turbulencias, la dictó, como se confesó francamente, el interés capital que tenía de ver cumplirse de una manera definitiva la separación entre el Brasil y Portugal, y el monopolio que quería ejercer, como lo declaró Palmerston en 1829, de las instituciones constitucionales. En todo esto Wellington no hacía más que seguir á Canning, que se había declarado resuelto á impedir, lo mismo la marcha de Miguel á Río, que la de Pedro á Lisboa. Por esto cuando Miguel pasó por Londres fué tan bien recibido y atendido, porque Inglaterra fundaba en Miguel la esperanza de la ruptura definitiva del Portugal y del Brasil, y por esto ahora era profunda la consternación en las regiones políticas de Inglaterra, pues preveían todas las complicaciones que iban á surgir del atentado de Miguel.

Tratándose, pues, de los intereses de Inglaterra, no ha de sorprendernos que lord Aberdeen, que era el ministro de Estado cuando la reina María llegó á Londres, se apresurara á dar á su padre el brutal consejo de apresurar el matrimonio de su hija con el desnaturalizado tío, á quien por entonces hasta corroía vergonzosa enfermedad, y quien era capaz de prostituirla para aumentar sus infames placeres. Este fué el tema de Aberdeen y Wellington para apaciguar el Portugal; esto era lo que aconsejaba también Metternich: Barbacena y Palmella nada pudieron conseguir de los púdicos ingleses que tan impúdico consejo daban.

Pero aún hubo más. Barbacena y Palmella, viendo cuánto había de sufrir su dignidad y la de la reina María permaneciendo por más tiempo en Inglaterra, fletaron buques para llevar, en apariencia, á todos los refugiados portugueses al Brasil; pero, en verdad, á la isla Terceira. Esto lo supusieron los ministros ingleses, quienes, igualmente, temiendo que los brasileños no aprovecharan esa ocasión para apoderarse de las islas Açores, se habían preparado para impedirlo á toda costa; así, cuando Saldanha

se presentó delante de Terceira, en 26 de Enero de 1829, con unos seiscientos cincuenta hombres, embarcados en cuatro pequeños buques mercantes que él había fletado, una escuadra inglesa, mandada por Walpole, se interpuso, y como Saldanha persistiera le disparó un cañonazo, que mató á un hombre é hirió á otro. Este cañonazo resonó en el mundo entero. Inglaterra, disparando sus cañones en favor de Miguel, de un usurpador y de un absolutista, era una monstruosidad. El cañonazo de la isla Terceira borró de todos los corazones honrados el mérito que había contraído Inglaterra en Navarino.

Si la expedición de Saldanha fracasó y tuvo que hacer vela para Brest, desde donde su gente fué dirigida á Ostende y Bruges, otras expediciones lograron burlar la vigilancia de Walpole, y en Terceira se reunieron tres mil hombres bien amunicionados y con abundante provisión de víveres. Lo que faltaba en Terceira era un jefe y Palmella les envió á Villaflor, que consiguió romper á tiempo el bloqueo que á la isla había puesto la escuadra Miguelista, —25 de Junio,—pues se estaba alistando la expedición que pretendía destruir en ella la causa de la reina María.

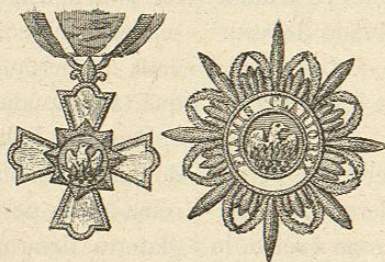
En efecto, el día 11 de Agosto, aprovechando el almirante portugués la circunstancia de haberse presentado brumoso el día, lanzó á la isla su cuerpo de mil doscientos hombres, abriendo á la vez el fuego contra la misma. Pero este ataque no solo fué rechazado, sino que ni uno solo de los mil doscientos hombres desembarcados pudo regresar á la escuadra. Renovaron los miguelistas el ataque pero fueron igualmente rechazados, viéndose obligados á retirarse después de haber perdido en la expedición mil cuatrocientos setenta hombres. La isla Terceira

estaba, pues, destinada á ser la Covadonga de la libertad inglesa, y el rey Pedro instituyó en ella la Regencia de su hija, que había regresado á Río, compuesta de Palmella, Villaflor y Guerreiro, —30 de Marzo de 1830.

Había en tanto, el gobierno inglés «tenido que sufrir durante el verano de 1829, los ataques de los whigs, quienes, al agitar la cuestión portuguesa no habían economizado epíteto alguno infamante «al asqueroso monstruo de Lisboa,» que renovaba los tiempos de Commodo y de Caracalla. La oposición en el seno de la Cámara de los comunes, en cuyas filas brillaban los Mackintosh, los Huskisson, los Brougham y los Palmerston; luégo en la Cámara de los lores, Clanricarde y Holland indicaron los argumentos con que el gobierno quería defender su política, cubriendo á los ministros de confusión y de vergüenza...»

Pero la situación de los whigs resultaba comprometida, porque venían obligados á tener que respetar la figura del vencedor de Waterlóo; así cuando en su discurso, Palmerston «se esforzó ante todo en probar que los ministros carecían de inteligencia y de todo sentimiento delicado del honor; al llegar al final de su discurso, declaró expresamente que hombre alguno que hubiese oído pronunciar el grande é ilustre nombre de Wellington, no podía tener un solo instante tal idea.»—De modo que la casualidad de Waterlóo continuaba á los quince años siendo fatal á la libertad de Europa.

Pero en donde el noble duque tuvo que oír y aguantar las más amargas verdades, fué en la Cámara de los lores, en donde sus pares le hablaron de la indignación que sentía todo buen inglés, por la conducta de su gobierno.



Hohenlohe: Fénix



CAPITULO XXXIII

INGLATERRA É IRLANDA

Punto saliente en los negocios interiores de 1820 á 1830.—El pasado de Irlanda.—Monstruosidad de la opresión en Irlanda.—Primeros alivios.—Pérdida de la independencia.—La unión.—La emancipación de los católicos.—Irlanda bajo Wellesley.—La asociación católica.—La asociación y la emancipación delante del Parlamento.—Los campeones de las partes hostiles en la cuestión de la emancipación: Canning y Peel.—La crisis comercial.—Restauración de la asociación irlandesa.—Intrigas de gabinete desde el principio de la enfermedad de Liverpool.—La elección en el condado de Clare.—Creciente agitación en Irlanda.—La emancipación convertida en una medida gubernamental.—La emancipación delante la ley.—Efectos inmediatos de la emancipación en Irlanda.—O'Connell.—Efectos inmediatos de la emancipación en Inglaterra.

RESULTA, pues, que si Inglaterra en Grecia siguió una política contraria á los intereses de Metternich, en Portugal no fué más que un ejecutor de sus voluntades, de modo que la política inglesa, siempre tortuosa, porque nunca ha tenido ideal alguno, se había desconsiderado tanto en la opinión que, á no ser la grande elocuencia de los oradores del partido liberal, Inglaterra perdiera toda consideración, lo mismo delante sus enemigos que delante sus amigos.

Si esto era así por lo que hace á su política exterior, en cuanto á su política interior toda la atención del país la absorbió de 1820 á 1830 la cuestión irlandesa, las reclamaciones de Irlanda dirigidas á conseguir la igualdad ante la ley y la emancipación de los católicos. Mientras Canning vivió, aún cuando éste se había presentado siempre como el campeón liberal de Irlanda, la había dejado de lado, de modo que quien vino á resolverla fué Wellington siempre tenido por su adversario.

Era esto una victoria para la curia romana y el partido conservador, pero era una victoria obtenida

por la fuerza de los principios democráticos, una victoria casi revolucionaria que había de transformar el gobierno y el partido de los tories.

A contar de 1830 en la historia moderna inglesa, el centro de su movimiento está en los asuntos de Irlanda.

Irlanda no fué conquistada por los ingleses hasta el siglo XII, durante el reinado de Enrique II. Los ingleses conquistadores se apoderaron de todo, dejando á los irlandeses sin derechos políticos y casi sin derechos sociales. Tan dura condición, hecha á la isla hermana, debióse al odio de los ingleses por los antiguos gaeles ó gaélicos. Luégo vino á complicarse este odio de razas con el odio político, pues Irlanda tomó partido cuando la guerra de las dos rosas por la casa de York. Vencida con su jefe, Irlanda cayó al rango de mera colonia. Enrique VII, el triunfador, redujo la libertad irlandesa al extremo de no poder convocar su Parlamento sin permiso del rey de Inglaterra y sin que éste hubiese aprobado su orden del día. Estatuto de Drogheda de 1495. A estos motivos ú ocasiones de opresión se agregó